

LA CARIDAD

PAX VOBIS

Semanario Católico con censura eclesiástica

Cartagena 11 de Diciembre de 1915

AÑO XI

No se devuelven los originales

Redacción y Administración: Plaza de los Tres Reyes, número 2

Número suelto cinco céntimos

N.º 586

SANTORAL

DOM. 12.—III de Adviento.—Nuestra Señora de Guadalupe.

LUN. 13.—Santa Lucía, vg. pat. de escribanos.

MAR. 14.—San Nicasio, y San Justo.

MIÉ. 15.—Santa Cristina, y San Eusebio.

JUEV. 16.—S. Valentín, mártir, y Sta. Adelaida.

VIER. 17.—San Franco de Sena, y San Lázaro.

SÁB. 18.—La Expectación del parto de la Santísima Virgen.

Hacia la reforma social Hermosa lección

En los últimos días del finado mes de Noviembre, ha tenido lugar en Valladolid un acontecimiento magno; me refiero a la inauguración de la Casa Social Católica de Valladolid, es decir, como escribe el Curro Vargas de *El Debate*, el *hogar social* donde los obreros del campo y de la industria han de sentirse protegidos y guiados por las enseñanzas evangélicas sintiéndose a la vez fuertes contra las injusticias sociales, fuertes contra el socialismo destructor de la vida sobrenatural del pueblo y más fuertes todavía por la conciencia de esa fuerza que da la unión bajo una bandera y ante un ideal santo, justo y bello. Pero aún hay más, prosigue el cronista y testigo presencial de todos los actos de la inauguración. Ese monumento social, esa casa del Pueblo católico, tiene un enorme valor representativo porque ella simboliza la cumbre de otro edificio espléndido, levantado trabajosamente, perseverantemente, incansablemente, por los beneméritos apóstoles de la Acción Social en tierras castellanas... Es el *granero ideológico* donde hoy se recoge la cosecha ubérrima tras la copiosa germinación de una propaganda inteligentísima, apostólica y tenaz.

No es posible en un artículo reseñar las funciones religiosas conmovedoras, concurridísimas, las Asambleas de las Federaciones obreras y Agrícolas, tanto públicas como privadas, ni menos dar un resumen de los discursos en los mitines y sesiones sociales pronunciados por los hombres más ilustres y experimentados en la Acción Social Católica en ambos sectores, agrícola e industrial. La Prensa diaria y en especial la Obrera, han dado amplios detalles. Fueron todos aplaudidos por la muchedumbre de labradores y obreros que llenaban los locales; y no faltaron hechos emocionantes y muestras de cariño y agradecimiento de parte de los honrados hijos de aquella tierra castizamente castellana: presentóse en el escenario el fundador social, alma de la Casa inaugurada, P. Nevares, jesuita y su simple presencia provocó en el público una verdadera tempestad de vivas y aplausos que se redoblaron al manifestar el incansable y modesto

jesuita que era hijo de labradores. En medio de la ovación imponente y ensordecedora un labriego se abalanzó al padre jesuita y le abrazó y besó y le estrechó contra su pecho, no sin conmover a cuantos presenciaban aquella espontánea y sincera prueba de reconocimiento.

Dicho está que los discursos no fueron ni aun parecidos a los que se escuchan en nuestras Cortes y aun en nuestros Municipios; esto es, repletos de lugares comunes, de tópicos y la mayor parte de las veces estériles polémicas sobre política de campanario y caciquil. Al contrario brillaron en aquellos actos la solidaridad y fraternidad cristiana, la sobriedad de la palabra, la brevedad de la frase, la sabiduría en el contenido y ante todo y sobre todo la tendencia moral y cristiana de elevar la condición de las clases más numerosas, moral, económica y religiosamente. No olvidaban las instrucciones hermosas de León XIII, Pío X y Benedicto XV acerca de la necesidad y deber que incumbe a todos los católicos, en primer término a los pudientes de practicar y seguir las Normas Pontificias y de la Sociología Católica, y en segundo término a la Sociedad en sentido cada vez más cristiano.

De aquí el que unos pusieren de relieve esta necesidad de aproximar y compenetrar las distanciadas clases sociales por el instrumento del Sindicato ya agrícola u obrero, en donde se han de fortificar las personas individuales como reflejo del robustecimiento de las personalidades morales, o Sindicatos católicos, que deben ser protegidos por los vocadores del capital, si es que todavía conservan los católicos instinto de conservación y no quieren que el socialismo revolucionario dé buena cuenta de todo lo que más estiman y aman; dé trabajo al obrero católico sindicado sin recelos injustos, ni temores inverosímiles, toda vez que el trabajo justamente retribuido y no le limosna es lo que dignifica y remedia, al mismo tiempo que es reproductivo.

Otros oradores proponían medios adecuados a la mejora del obrero de la Ciudad y del campo, como la participación en una parte alícuota de las cosechas y beneficios, el Seguro contra el paro, enfermedad, accidentes y vejez; el hacer accesible el crédito a todos los Sindicatos mediante Cajas y Bancos, a fin de que no carezcan de medios de hacer fecunda la tierra o la profesión; la aplicación de las utilidades de las Cooperativas, a la Caja de pensiones entendiéndose con el Instituto de Previsión; el fomento del Crédito, mediante la instalación de Organos locales, Regionales y Nacional; el acudir a la prevención de la ignorancia y de la falta de cultura de los Asociados y de los atropellos que

puedan provenir de cualquier lado. En una palabra, que fueron fiestas de fraternidad cristiana que presagiaban un porvenir halagüeño para la Religión y para la Patria y el puente que ha de conducir a estrechar los lazos espirituales de los católicos españoles, como si fuesen una gran familia laborando todos bajo el lema hermoso «Unos por otros y Dios por todos» y como distintivo la comunidad en una misma Religión, la Católica.

(Continuará)

Inmortalidad de la Iglesia

Ni existe, ni ha existido jamás en la tierra obra alguna de la política humana tan digna de estudio y de examen como la Iglesia Católica.

Su historia comprende y resume, por decirlo así, las dos grandes épocas del progreso: ninguna otra institución de cuantas han logrado llegar hasta nosotros, por antiguas que sean, transporta el pensamiento a aquellos tiempos en que el humo de los sacrificios se eleva sobre el Panteón, mientras que los tigres y leopardos rugían y peleaban en el anfiteatro de Flavio; las más grandes y bellas civilizaciones romanas son modernas si se las compara con la prolongada serie de los soberanos pontifices, que por una sucesión no interrumpida se remonta desde el papa que consagró a Napoleón en el siglo XIX al que consagró a Pepino en el siglo VIII; y aún más allá de Pepino va a perderse en la noche de los tiempos fabulosos el origen de la augusta dinastía apostólica.

La República de Venecia, que venía después del pontificado en la sucesión de los tiempos y que a pesar de la antigüedad de su origen, era comparativamente moderna, ya no existe, y el pontificado permanece, no envejecido y caduco, sino lleno de vida y de vigorosa juventud.

Aún envía la Iglesia Católica misioneros hasta las más remotas regiones del mundo, tan celosos propagadores de la fe de Jesucristo como aquellos que llegaron con Agustino a las costas del condado de Kent, y tan resueltamente decididos al martirio, que aun son osados a hablar a los monarcas enemigos con igual firmeza que lo hizo el papa León en presencia de Atila. El número de sus hijos es más considerable ahora que lo ha sido en ninguno de los siglos anteriores: sus conquistas espirituales en el nuevo Mundo han compensado con exceso los quebrantos que sufrió en el antiguo; el influjo de su poder se extiende por los dilatados territorios comprendidos entre las llanuras del Missouri y el Cabo de Hornos, comarcas inmensas que antes de un siglo contendrán igual número de pobladores que toda Europa; y mientras entre

el guarismo de los fieles a Roma pueden graduarse en ciento cincuenta millones, fácil es demostrar que el de las demás sectas reunidas no asciende a ciento veinte. (1)

Ningún signo indica que se halle cercano el término de tan prolongada soberanía; y así como ha visto el principio de todos los establecimientos eclesiásticos que hoy existen ¿quién sino ella está destinada a ver su fin también? Si era grande y respetada antes que los sajones hubieran pisado las playas de Inglaterra, antes de que los franceses hubieran pasado el Rhin, cuando la elocuencia griega estaba floreciente aún en Antioquia, cuando los ídolos recibían culto en el templo de la Meca, bien puede continuar siendo grande y respetada cuando los viajeros de Nueva Zelanda se detengan en medio de vasta soledad, y apoyados en los arcos rotos del puente de Londres dibujen las ruinas de la catedral de San Pablo.

MACAULAY

SONETOS

Un jardín es el justo de azucenas,
florido huerto de azahar sembrado
de oro puro palacio fabricado,
manantial de aguas claras y serenas.

De fragancia sus obras están llenas
de méritos sin fin se halla adornado,
del mal su corazón siempre alejado
no le importa el Infierno, ni sus penas.

Sin Dios, su único afán, vivir no puede,
no piensa en otra cosa que en amarle,
sin su licencia a obrar nunca procede,
se emplea día y noche en alabarle...

¿Será posible que en el mundo quede
alma tan vil que no quiera imitarle?

Reverso

Campo es el pecador lleno de espinas,
erial vasto de abrojos y asperezas,
prado lleno de zarzas y malezas,
volcán de las pasiones más dañinas.

Albergado del vicio en las sentinas
desconoce del justo las proezas,
del Corazón divino las tetnezas,
Refractario a tomar las medicinas
reconocidas como justo medio
para salir de tan fatal estado
hace vida infernal, de angustia y tedio.

Y habrá alguno de sí tan olvidado
que viendo a este perdido sin remedio
no cobre horror al vicio y al pecado...?

A. ALPANEQUE Y BLANCO

Estudios Sociales

EL «SE DICE»

Un «se dice» oculta la malicia más refinada; es el sarcasmo, la perfidia, la

(1) En ambas citras hay error. El número de católicos excede con mucho del indicado por lord Macaulay.